

Los nombres griegos - Zoe Plasencia

Zoe Plasencia

Los nombres griegos



Zoe Plasencia

Capítulo 1

Agua

Es como si lloviera todo el tiempo. Una lluvia que persiste, fina, que se mete por las hendiduras de la ropa, de la piel, que moja el pelo poco a poco, hasta formar un pequeño chorro, un hilo que gotea a lo largo del pelo, del pelo largo. Sólo agua. Un interminable llanto que de tan eterno ya nadie nota. Sube despacio la escalera y maldice tanta agua. - Esto pasa por todos los años que no la tuvimos - habla sola, mascullando cada palabra, se queja. La puerta resiste el movimiento natural que deja cruzar la entrada y se pega de hinchada al marco. No cede, como si estuviera pegada para siempre. La cadera grande de hueso golpea la madera para obligarla a responder. Lo logra pero se frota el costado con la mano libre; dolor. La humedad la abrumea, también la soledad. Esa casa que fue todo sonido y toda luz, ahora boquea de humedad, llena de agua. La lluvia que no cesa. - Esto pasa por todos los años que no la tuvimos - se queja. Siente la cadera que golpeó la puerta más leve, como hueca. - Otro golpe igual y me pongo a flotar - se ríe. Pero la sensación de humedad no la abandona ni siquiera cuando sube, esta vez, por la escalera interior al piso de las habitaciones. Las camas hechas, el orden de siempre, sólo alterado por los espejuelos tirados encima de la pila de libros. - Algún día terminaré de leer todos esos libros - se jura. A pesar del orden acomoda alguna cosa, cambiándola sutilmente de lugar. La marca en el vidrio de la cómoda está mojada. Siente que su mano se empapa con el chorro interminable. Pasa frente al espejo y ve con sorpresa que su cuerpo está más joven, como cuando aún no había parido. - Tengo el coco hecho agua - y esta vez suelta una carcajada. El cuarto de los muchachos intacto. Hace mucho que nadie duerme ahí. Ni siquiera los nietos que a veces pasaban la noche, después de salir con sus amigos. Recuerda que tiene que sacar una copia de la llave para la hija menor de su mejor hijo. - Qué pronto pasó el tiempo. Aurorita ya sale sola con el novio. Es un buen muchacho, por suerte. Lo dejaría dormir con ella en este cuarto. Antes de que el agua lo arrase todo - se entristece. Duda de ir al baño. Allí el chorro es más fuerte y teme que la arrastre. No intenta nada y regresa al espejo con la imagen joven de su propio cuerpo. - Me cansé. Creo que voy a dormir una siesta. Mira las sábanas e intuye que ya las cosas están hechas de lo mismo aunque tengan otra apariencia. Agua. Se recuesta despacio disfrutando de la solidez lo más que puede. Primero las nalgas, luego el codo derecho, las piernas casi al mismo tiempo, los dos brazos ya apoyados, un poco antes de que la cabeza toque la almohada. Cuando los ojos alcanzan el sueño, un hilo nuevo de agua bajó diligente a engordar la lluvia que no cesa.

En mi jardín pastan los héroes*

Así lucía la casa cuando me paraba debajo del árbol inmenso que hace mucho había roto la acera con sus raíces. Así lucía, pero al principio. Durante mucho tiempo, casi a diario, miré ese portal con su jardín al frente. La puerta siempre cerrada y el silencio que envolvía también las hojas, las flores y cada hierbita crecida. Me gustaba detenerme, sola, a repasar los detalles de las ventanas, el balconcito francés y las falsas columnas dóricas. En abril, enfermé. La escuela mandó una maestra a casa, durante tres meses, para que no perdiera el año que ya había avanzado bastante. Mejoré mucho sólo por saber lo pronto que llegarían las vacaciones. Un día, sin proponérmelo, recorrí el viejo camino a la escuela. Mis pies memoriosos repitieron el recorrido y se detuvieron en el mismo lugar, sorteando con dificultad, otra vez, las grandes raíces. Allí estaba la casa, esperándome, aunque ya no se veía mucho de la fachada. La vegetación había ganado lugar y la maleza, desatada por las lluvias de mayo, escondía la entrada. Me atreví por el sendero. Subí las escaleras entre las hierbas y por primera vez me paré en el portal. La puerta estaba rota y entornada, invitando. Con miedo pero resuelta, entré. Cuando mis ojos se adaptaron a la semipenumbra, vi un hombre sentado en un butacón de buen tamaño. Un señor no muy mayor, como de la edad de mi papá. Tratando de no molestar acerqué mi paso hasta él. No movía ni un músculo; era como una estatua. Llegué a su lado y confirmé que sus ojos estaban abiertos. Despacio y aún con bastante miedo, me puse frente a él. Su mirada reposó en mí. Su mirada, que me tocaba con suavidad, no tenía luz, no emitía ninguna señal. Volví por el mismo trayecto para salir de la casa, con menos miedo pero con una sensación extraña de vacío. Caminé otra vez hasta la acera y sólo me viré a mirar la casa, quizás por última vez. No había nada. Desapareció ante mis ojos la imagen compacta y firme de esas paredes, bajo el calor tremendo e insoslayable de la isla.

*Apostillas al libro En mi jardín pastan los héroes de Heberto Padilla. Foto de Mina Bárcenas.

A bolina

La pandilla de la calle Paco cortaba los papalotes. Cada vez que íbamos a la Loma Blanca a empinar alguno, ese era un riesgo que no se nos salía de la cabeza. Eran más grandes esos muchachos y no los enfrentábamos, salvo con insultos y palabrotas dichas desde algunos metros de distancia, que nos daban la ventaja necesaria para correr sin ser alcanzados. Siempre corríamos cuando nos acosaban los de la banda de la calle Paco. Menos ese día. Mi hermano y yo estuvimos durante semanas escatimándole cinco centavos a los veinte que nos daba mi madre para la

merienda diaria. Las monedas se acumularon en un frasco de compota sin tapa que cerrábamos con trapos para que no se saliera ninguna. Cuando la cuenta dio cinco pesos, con el frasco, el vidrio caliente y sudado por las manos del verano, fuimos a la casa de Freddy, el señor que vendía papalotes en el barrio. Era nuestro sueño: ir a la Loma Blanca a empinar un coronel. Compramos uno azul oscuro, hermoso, bien armadito con sus guías de tela, también azul y un buen pedazo de pita para remontarlo bien arriba, si el vientecito que sopla por las mañanas ayudaba y le servía de compañero. Eso fue un miércoles y en la espera hasta el fin de semana, quedó apoyado encima de la cómoda del cuarto, donde le hicimos un lugar para que no se estropeará. El sábado, ni bien nos despertamos, salimos caminando despacito. Nuestra primera vez con un coronel. Ninguno de los dos hablaba, estábamos expectantes y nerviosos, como el adolescente que se va a encontrar con una muchacha, también la primera vez. Habíamos acordado los turnos en los que cada uno tomaría en las manos la pita, de esa forma tendríamos igual oportunidad de guiar al papalote mientras el otro lo miraba, largo, disfrutando del vuelo azul con fondo de cielo y nubes. Un buen rato pudimos lograrlo, hasta que sentimos las voces estridentes de los de la pandilla. Confiados, continuamos con nuestras maniobras. Cuando la chiringa se acercó al coronel, el olor de la pelea flotaba en el aire. La cuchilla rozó apenas la pita que deshilachada dejó libre a nuestro amigo en un empinarse interminable que los ojos ya no podían seguir con claridad. Mi hermano más tranquilo de lo habitual me dijo: "no corras, los vamos a esperar". A pesar del miedo nos sembramos como dos monolitos gritando insultos y sin movernos. Ellos se acercaban esperando la estampida que no ocurrió. Agarrados de las manos, llorábamos en silencio la bronca y la pérdida. Fue el único coronel que tuvimos.

Vacío

Cuando Ema nació George y Marian ya tenían un plan. Y una vez que la nena alcanzó el metro de estatura, pusieron sus libros y su música en una maleta y en la otra lo necesario para cubrirse los tres del frío, del sol y de la lluvia. Todo el dinero que habían guardado en una lata de galletas, repartido, rodeaba las cinturas de ambos. Se fueron de la isla un mediodía, en avión, hacia el continente viejo. Marian trabajaba durante seis meses armando circuitos impresos por encargo. Recibía de una fábrica japonesa las placas y componentes, con los planos que debía armar rigurosamente explicados. Los paquetes una vez concluido el trabajo ocupaban el espacio del pequeño cuarto que compartía con George y Ema. George hacía traducciones, en las noches frías de la ciudad enorme. La mesa que sostenía soldadores y residuos de estaño, cuando el sol desaparecía detrás de la rambla, servía de apoyo a la Underwood que funcionaba como una maquinaria perfecta. Casi todos los días, a eso de las siete de la tarde comían por única vez, los tres, riendo y descubriendo

el mundo para Ema. La otra mitad del año, armaban las dos maletas y recorrían el mundo, en unas vacaciones que dejaban de serlo en cuanto escaseaban los billetes en el cinturón de doble forro. Viajaron a los lugares más increíbles. Ema crecía, en el mientras tanto, aprendiendo a leer y escribir con su padre y las matemáticas con su madre. No tuvo una instrucción formal aunque sabía muchas más cosas que los niños de su edad. A los ocho años cocinaba como una experta y la precariedad en la que a veces vivían le valió para hacer magia a la hora de preparar la comida para ella y su familia. También aprendió a coser ropa con agujas improvisadas e hilos sacados de las prendas más viejas. Sus pequeñas manos eran como arañas, hormigas; obreros creativos e incansables. De vuelta a la ciudad, al mismo cuarto, George y Marian retomaban sus oficios, asistidos por su hija otros seis meses. Así pasó mucho tiempo. El día del cumpleaños diéciseis de Ema su regalo fue una entrada para la función de teatro de la compañía más importante de Barcelona. Sola salió con su mejor vestido y no regresó a su casa hasta pasados tres días. George y Marian desesperados ya no sabían dónde buscarla, cuando la vieron subir las escaleras con un brillo en la mirada nuevo y desconocido para ellos. Ema se quedó ese año, con un poco de dinero que sus padres le dejaron, superando en una carrera desenfrenada, todos los años de estudio que no había hecho en escuelas tradicionales, con el único propósito de ingresar a la facultad de las artes para ser actriz. George y Marian volvieron antes de lo previsto, el viaje no era lo mismo sin ella y al otro año ya no se fueron, ni al otro, ni al otro. Hace unos meses fui a visitarlos. George habla en diez idiomas pero no es capaz de traducir ni una cuartilla. Marian no reconoció mis ojos. Hace mucho que no se tocan ni se hablan. Sólo cuando los visita Ema parece tener algún sentido el cuarto y la ventana por donde se pone el sol detrás de la rambla. Cuando me despedí de ellos, George me susurró al oído, "nuestro plan era otro". Y me permitió besarlo en la frente como hice la última vez que ví a mi abuelo.

Espuma

- Dos más - dijo a los gritos, porque el murmullo, casi ruido, no dejaba escuchar ni la propia voz. Por suerte el oído al que estaban dirigidas las palabras, registró. Estiró el brazo mientras agarraba con la mano las botellas de cerveza, abiertas y coronadas por unos vasos de papel encerado. Como pudo salió de entre la multitud que ansiaba lo que él ya tenía; sin perder la esperanza de ser escuchados, perseverantes en el intento. La sed de la tarde sólo era comparable con el deseo de pasar por la garganta la frialdad de esa cerveza, cerca del merendero, en el parque de los sauces llorones. Ella lo esperaba acostada en la hierba, intentando relajarse, aún con los ojos mojados, pero más limpia la mirada. También más triste. Se iba acercando y pensaba en toda la angustia que empapó hace sólo una hora su camisa de lino blanco, las únicas que usaba los días

del verano. Pensaba en las soluciones largamente conversadas, por teléfono, por e-mail, en las madrugadas a solas, cada uno en la otra punta del mundo. Y ahora que la distancia se redujo a nada, que se tocaban con toda la piel, mucho, en todo momento, ningún consuelo parecía funcionar. El pradito bien cuidado del parque, verde por la lluvia de anoche, resaltaba sus ojos, las pecas de su pecho y el rubor que el llanto puso con un pincelito en los cachetes no tan jóvenes. Él sonrió ya a su lado. - ¿Te sirvo? - Sí, pero hay algo que debo decirte - respondió también sonriendo. - Dime - replicó con un poco de hastío en la voz. - Es algo que nunca te he dicho, algo sin importancia. - Dime - dijo, otra vez y la miró directo, inquisidor. - No me gusta la espuma en la cerveza. El sol se iba yendo, contento por el sonido de un par de carcajadas claras, fuertes, verdaderas.

Ventanas

A Ana, mi hija

Vivo con cinco ventanas. Todas ellas con persianas transparentes. La luz se mete a chorros y cae como puede. También el viento. Ahora mismo atardece, cuando ellas dejan pasar sólo la luz que pone las cosas en contraste. Siluetas. No enciendo la luz de la lámpara a propósito. Esta es la hora de los agudos picos del claro oscuro. Esta es mi hora. Me pongo quieta, con las piernas recogidas y los pies sin zapatos. Escucho. El ruido de los aparatos de aire acondicionado viene bien con la penumbra. Un pájaro compite por el silencio. Quiero que pase rápido esta hora. Hay demasiada bondad, cuando ellas dejan pasar sólo el contraste, los agudos picos del claro oscuro. Y es que extraño tu voz y un calor lindo que solía pasar de tu mano a la mía, cuando vivíamos con tres ventanas.

Días de radio

Salíamos de casa una de esas mañanas del invierno habanero en las que se puede estar sólo con un abrigo ligero. Por la calle Humboldt subía el viento fresco de un especial aroma a mar. La nariz disfrutaba destapada, sin alergias y picazones. Casi por costumbre nos agarramos las manos ni bien llegamos a la esquina y empezamos a elegir qué canción nos acompañaría en el deambular de ese día. Los cordones desatados de sus zapatos, como siempre, lo obligaron a agacharse. Ahí lo vió. Primero giró la cabeza a un lado y al otro por si era una broma. Fue todo muy rápido, pero mi posición de observador era privilegiada. Sin desesperarse ató el cordón en el pie derecho y luego adelantó un paso para hacer lo mismo en el izquierdo. De esa manera también quedaba más cerca de él. Con toda la tranquilidad continuó con el procedimiento, como si el tiempo y su paso

no importaran. Ya libre de su tarea, la mano derecha se estiró hasta que lo tocó. Otra vez, miró a un lado y al otro, mientras los dedos reconocían, comprobaban la textura, los relieves, el tamaño. Era bueno, pensó cuando su cuerpo se incorporaba y su mano izquierda volvía a tener la mía. - Vamos. Esto hay que usarlo pronto - me dijo reiniciando la marcha. A su lado, no hice ningún comentario, aún sin saber a dónde iríamos y qué tenía en mente. Unos metros más allá, cuando ya estábamos caminando por la avenida, se paró en el medio de la acera e hizo que yo también me detuviera. - Con estos veinte pesos que me acabo de encontrar, haremos lo siguiente. Almorzamos en El Conejito y luego nos vamos a ver la nueva película de Woody Allen en El Riviera. ¿Estás de acuerdo? No dije nada, sólo le sonreí con los ojos y la boca, asintiendo. Mi hermano y yo no precisamos de muchas palabras para coincidir.

Cleptómana

Una sensación de última vez la acompañó desde el momento en que metió la llave en la cerradura del apartamento que podía haber sido suyo. Extrañó el recibimiento de Polly y la alegría inconsciente con que reciben los perros a la gente cercana. Ni siquiera se descolgó la pequeña cartera de su hombro. Atravesó el living iluminado por la claridad del mediodía porteño. En la cocina había un vaso que llenó de agua corriente. Tomó un poco y volvió a llenarlo. Regó las plantas que se juntaban cerca del ventanal que sale al balcón. También los potus que cuelgan de la parte superior de la heladera. Es de mala suerte tener potus dentro de casa - pensó- pero descartó la posibilidad de que esa creencia estuviera malogrando algo allí. El panorama en la cocina se veía bien. Para cerciorarse aún más abrió la heladera con el olfato atento, por si el mal olor delataba algún alimento descompuesto. No. Todo estaba en su orden. Casi por rutina se dispuso a revisar las habitaciones y el baño, que negaban una inspección visual desde el hall de distribución. Las puertas cerradas impedían la entrada de la luz hasta que ella accionó la manija de la puerta de la habitación principal. Otra vez, sus ojos recorrieron el lugar tan familiar pero al mismo tiempo lejanísimo. Ella sabía lo que contenía cada cajón, cada percha que pendía del tubo del placard. El perchero que había transportado con sus propias manos el día de los padres, descansaba en la esquina al lado de la ventana con el rosario colgado del pasante. Sobre la estufa eléctrica una remera invitaba al tacto. Se la llevó a la nariz; el aroma que adoraba le hizo cerrar los ojos por un instante. En la otra habitación, estaba el placard abierto. Lo cerró antes de chequear si la computadora seguía desconectada. Dos entradas de cine llamaron su atención. "Los abrazos rotos. Village Recoleta. 4 de octubre de 2009. 01:00 hrs". Se sintió mal cuando recordó dónde estaba y con quién a esa hora, ese día. Quiso llevarse algo. Sí, por venganza, por causar alguna molestia, por dañar un poco. Entró al baño porque estaba convencida de que encontraría su ropa interior tirada. En el piso se veían un calzoncillo y

una camiseta que parecía de mujer. No le importó. Puso la ropa en el canasto al lado del lavarropas. Parada en medio del living, buscaba qué podía sustraer de ese lugar y tenerlo consigo siempre, como prueba de su venganza. Sobre una mesa había un paquetico de fotos. Todas eran iguales, copias para algún documento de identidad o un pasaporte. No le favorecía la pose y mucho menos esa horrible camisa verde que tenía puesta. El verde no le quedaba bien. Sacó una copia. Una ojeada final y se dirigió a la salida. Supo que no volvería a entrar por ahí.

Puerta

Una cosa sí sabía con seguridad. Yo vivía en una puerta. Eso fue antes, hace mucho. Cuando los días no tenían relojes y el tiempo se medía de acuerdo a las comidas. Antes de almorzar, la mañana y después de almuerzo, la tarde. La noche la marcaban los cocuyos del laurel, en el jardín y luego venían las horas de dormir que nadie contaba. Salvo si aparecía el asma. El letargo de la siesta nos aplastaba contra el piso, en esos días en que parecíamos derretidos por el calor tremendo del verano. Ahí venía el señor del carrito y el caballo. Yo lo veía doblar por María Auxiliadora, mientras apretaba en la mano la moneda de cinco centavos que pagaba el paseo. Reynaldo, con exactitud de máquina, detenía el paso siempre en el mismo lugar para que yo subiera. Todos los martes, jueves y viernes repetía el mismo recorrido. Subíamos siempre en el mismo orden; yo era la tercera. Las gemelas Margarita y Caridad lo hacían primero. La tarde que Reynaldo murió ninguno de los que estábamos con él lo supimos. De pronto el caballo dejó de andar y la señora que vendía los huevos en la bodega de la vuelta, nos hizo bajar explicando que "ese animal, pobre, no puede andar así sin tomar agua y sin comer, con este calor", mirando de reojo que Reynaldo no se cayera delante de nosotros. Las manos del cochero seguían aferradas a la rienda, quieto como una foto. Todos los niños sabían qué rumbo tomar de regreso a su casa, pero yo no. Parada en la acera, buscaba la referencia, la señal que enseñara el camino hasta mi casa. No la encontré. Por eso vi cuando se lo llevaron a Reynaldo y miré con atención los ojos del caballo que se quedaron fijos en un punto, también sin referencia. Creo que pasaron horas, largo rato sin que supiera dónde estaba y por qué había tanta gente alrededor de Reynaldo y su coche. Cuando ya no quedó nadie y la moneda en mi mano empezaba a picar, el llanto apareció como un chorro. No me moví de ahí sin parar de llorar, sola. La señora que vendía los huevos volvió y se acercó a mi con cara de "pero, ¿qué pasa mi niña?" - Me perdí, le dije, no se dónde estoy. Quiero ir a mi casa. - ¿Dónde tú vives? - En una puerta - dije con voz convulsa de lágrimas. Una amiga de mi abuela que reconoció mis ojos, cogió mi mano, la otra, la que no tenía la moneda y sin hablar me llevó al lugar donde yo esperaba el coche tres veces a la semana. A mi

espalda, a muy pocos pasos, la puerta de casa.

Hilos

Miradas rápidas y manos cargadas de paquetes. Cruces, no las de Dios; cruces de miradas. La mente ágil y memoriosa empieza a hacer un scan rápido, vertiginoso, como una película con muchos más fotogramas por segundo. Varios rollos para atrás, sigue y sigue. Se pausa en un año-rollo. Final de la infancia, ella. 18 o 19 años, él. Ambos tímidos y opuestos. Ambos aplastados contra el asfalto del barrio de Jesús María, en La Habana de los setentas. Cuando aún había mercerías de polacos en la calle Muralla, cuando aún estaba la panadería del gallego en la calle Monserrate. Él pasaba con su desgarbo y sus granos en la cara, hasta pararse debajo de su balcón; el de ella. No llamaba, no gritaba su nombre ni lo mezclaba con el ruido de motores de carros y guaguas. Cinco minutos de reloj, exactos y la veías con su figura de casi adolescente que no quiere que noten sus incipientes tetas. Tetas grandes para 13 años. Las esconde curvando la espalda, haciendo una hoquedad en el pecho con los hombros. No hablan, pero arrancan a caminar con la síncope de la complicidad, de saberse uno al lado del otro en el camino que los lleva al desayuno de flauta de pan y agua con azúcar. Luego, calabaza calabaza... Pero él volvía a buscarla cuando la abuela necesitaba esos hilos para zurcir la ropa ajena, que ayudaba a pagar la luz y el gas. La única modista del barrio suspiraba por no tener una nieta y por la falta de disposición de su único nieto. Y los veías de nuevo juntos, caminando rumbo a la tienda en la que ella compraba el encargo al viejo judío, cubriendo la vergüenza de su amigo con suavidad femenina. Al regreso, un par de risas y un durofrío de dudoso sabor artificial. El año-rollo ha pasado todas esas imágenes, ahora sí, a 24 por segundo. Ambos vieron las secuencias, se reconocieron y sus miradas, esta vez, posaron las pestañas en sus caras de ahora, en sus cuerpos de cuarentipico y cincuentipico. Dos enormes sonrisas, genuinas y agradecidas, celebraron el abrazo lento, casi detenido. Fade out. Luego, calabaza calabaza...

Click, click

Mary y Robert eran los dueños de la Foto Nuñez. Y eran mis tíos. En la casa donde crecí había muchas fotos guardadas en cajas de papel fotográfico recicladas. Las leyendas familiares aseguraban que mi madre de niña había sido modelo de las compotas Libbys, que vendrían siendo los Danoninos de estos tiempos. Otra anécdota me recuerda con varicela, tres o cuatro años y mi abuela que me da una caja con fotos y una de lápices para que me entretuviera en la obligada cuarentena. Después de tanto tiempo hemos encontrado fotos cortadas y agujereadas en el centro

por un lápiz, como una versión extraña de flores de estación. Mary iluminaba fotos. Mucho después llegó la película a color y su oficio ayudaba a que en el retrato familiar el blanco y negro diera paso a colores pastel y falsos brillos en labios y ojos. No me gustan las fotos iluminadas, pero nunca se lo dije a ella que se sentía orgullosa de sus creaciones y se resistía a abandonar ese trabajo, aún cuando las bateas de revelado mostraban negativos cada vez más coloridos. Robert era el fotógrafo. Lo recuerdo con su bolsito lleno de las cajitas redondas de películas nuevas. También las usadas, listas para el laboratorio. Y su cámara Leica de 35 mm, que cuidaba más que a sus ojos. Tenía sus rebusques el bueno de mi tío. Además del estudio, los sábados y domingos hacía eventos en el barrio; bodas, cumpleaños. Lo llamaban bastante por varias razones, pero sobre todo por cumplidor y generoso con sus clientes. Con ellos de la mano recorrí hoy el Museo fotográfico Simik y el de Antique Cameras. Robert paró largo rato en el Club de fotógrafos con cámaras antiguas y hasta conversó con alguno por ahí. Mary observó con atención las fotos viejas restauradas y alguna nota sobre la manipulación de fotos nuevas para que parezcan viejas. Muy contrariada me dijo que no había nada sobre los iluminadores, el gremio de su vida. Casi al mediodía, salimos los tres al sol de la primavera porteña y sin que se dieran cuenta les tomé una foto que quedó en un archivo JPEG.

Nana

A Ljubitzka le faltaban todos los dientes frontales. Los de arriba y los de abajo. Cuando la conocimos, nosotros, acostumbrados a bocas más pobladas nos sentimos hasta avergonzados de las ausencias en sus encías. Mi memoria falla, después de más de treinta años, pero esa imagen no la olvidaré nunca. Y el olor. Su ropa tenía el aspecto y el aroma de la suciedad. Aún con todas esas contras, a mi hermano y a mí nos resultaba muy curiosa la aparición de Ljubitzka en nuestras aburridas vidas de niños que no podían salir del apartamento mientras mamá trabajaba; "porque es muy peligroso, porque cerca está el barrio de los gitanos y porque no sabemos andar por Belgrado". Ella a partir de ese encuentro era nuestra niñera. No hablaba ni una palabra de español, tenía además las manos grandes, era alta, tendría 28 o 30 años, el pelo oscuro y la tez muy blanca. A pesar de que su sonrisa era una lágrima siempre sonreía, creo que por timidez muchas veces. Mi madre le indicó la habitación que ocuparía, justo la que quedaba en medio entre la de ella y la nuestra. La única habitación que tenía ventana en esa caja de zapatos en la que vivíamos. Se instaló con sus pocas cosas; apenas una maleta mediana que terminó de desempacar un mes después de su llegada. Empezó nuestra convivencia con alguien que no era miembro de la familia, que encima tenía la responsabilidad de cuidarnos, alimentarnos y estar presente para lo que una niña de siete años y un nene de cinco

necesitaran. En primer lugar había que comunicarse. La evangelización de Ljubitzza comenzó por la enseñanza del idioma. Para nuestra sorpresa fue una idea mutua; de nosotros pero también de ella. Y el intercambio se inició sin dudar; mientras ella se animaba a pronunciar nuestros nombres y decir con un brutal acento eslavo "Mi nombre es Ljubitzza", nosotros empezamos a incorporar palabras serbias y croatas. Luego de unas semanas Ljubitzza pasó a ser Liubi, con esa costumbre que tenemos de achicar la manera en que llamamos a la gente cercana. Recuerdo tardes enteras de aprender a cocinar blinitz, poner a hacer crema agria fermentando la leche y ser cómplices del escondite de la primera botella de vodka que ví en mi vida. Liubi era huérfana. Sus padres murieron durante la segunda guerra europea y su única familia era una tía que estaba en Zagreb a la que veía una vez al año. Con ella estuvimos casi dos años. En ese tiempo nos llegamos a conocer muy bien con Liubi. Y la verdad es que la pasamos bárbaro. Nos reíamos mucho, jugábamos y para nosotros era imposible pensar en el regreso del colegio sin la espera cariñosa de esa figura flacucha y desgarrada en la escalera de entrada al edificio. Cuando llegó el día de irnos, Liubi que ya había ganado la costumbre de bañarse todos los días y lavarse el pelo por lo menos una vez a la semana, que me hizo probar el café por primera vez, que lo adoraba a mi hermano hasta el dolor, que nos protegió de un robo en la casa, cantando unas tonadas cansinas y lastimeras, lo único que pidió fue venir con nosotros. Tampoco me olvido de las lágrimas, bajando por su cara sin control, en el aeropuerto cuando nos despedimos. Nunca supe nada de ella. Hasta hoy.

Opa Locka

En Opa Locka siempre llueve, decía, cuando el viaje parecía malograrse por el palo de agua que caía en la. Llegué tomada de su brazo, como si fuera el baile del pueblo. La lluvia insistía con persistencia de niño majadero. No había ni un árbol, ni un techito para guarecerse. Las gotas empezaron a hurgar mi cuello, mi espalda, la cintura; esos surcos tan personales. En la casa ya todos daban cuenta del whisky comprado en el Liquor de la 27 y la 16. Tienen buenos precios allí, me dijo quedito, como para que nadie se enterara. Alguien sacó una guitarra y otro, por allá, trajo las tumbas y un bongó. El primo se acercó con una olla de chilindrón, prometiendo traer también arroz blanco y tostones, menú de carta cerrada en restaurante de lujo. La música viva, en vivo, vivida por los músicos en sus vidas anteriores, inundó la tarde, el patio. Su brazo seguía ayudando mi mano, ahora con más complicidad, en íntima y discreta caricia, siguiendo la música, las voces, el coro del que formábamos parte. Ella fumaba sentada cerca de mí, mientras celebraba mis zapatos de cuero y cordones, con unas palabras dichas graciosamente al oído. Nosotros mirábamos sus casi 90 años con asombro. Mi tristeza sonreía al ver su acicalado vestuario, sus aretes de fantasía y la mirada

aun joven. Por un rato fui feliz en Opa Locka.

Un día como hoy

Llegué a Amsterdam como a las once de la mañana. Mucho frío para ser otoño. A lo mejor porque fue en el 2007. Sí, seguro que por eso había mucho frío en otoño. Y aún sin respirar los aromas locales, me trepé a una bicicleta para verlo a Chet Baker. Chet Baker fue mi novio hace un tiempo. Cuando yo no era así y él tampoco. De hecho, para nunca olvidarme de esos años, me tatué en el hombro el mismo día que se murió. El 13 de mayo de 1988. En París, donde nos vimos por primera vez, él cantaba con Elvis (el otro) y con Morrison. Recuerdo que me metía con mi abrigo a cuadros y mi boina negra debajo del piano, porque también allí había un frío tremendo. No tenían dinero para calefacción, pobres. Pero la música, ya sabes, tremenda también, como el frío. Me gustaba Chet cuando cantaba bajito, así como hablando. Me gustaba cuando no se iba a revolver libros y yo me quedaba cocinando. Encima se iba sin el celu y yo perdía su rastro por unas horas. Eso sí, luego al regreso, se comía todo el salmón y el guiso de papas asadas con zanahorias. Él elegía personalmente las zanahorias en el mercado. El guiso siempre con jengibre, porque yo sabía que le gustaba. Ahora mismo, por ejemplo, lo escucho. Pero tocando la trompeta. Y me gusta. Como antes.

Josefina

A Josefina me la encontré hace una semana. Al principio no estaba segura de que era ella. Hasta que empezó a cantar. Cantaba bajito, porque creo que no tenía la certeza de que ese sería su escenario a partir de ahora. Yo sé cuando lo supo. Fue el primer flash lo que la envalentonó. Se quedó quietecita, parada sobre todas sus patas y así estuvo, aún cuando la señora esa continuó acercándosele, cámara en mano. Como una sorpresa la luz invadió sus ojos, siempre acostumbrados a menos iluminación. Y su voz subió el volumen, convirtiendo el andén de la 59th Street – Line A del NYC Subway, en una atracción para turistas y marchantes, a esa hora. Menos los domingos. Los domingos Josefina canta para su pueblo. No para nosotros que ya, casi, no somos los que habitamos acá. Su pueblo está cada vez más cerca de desplazar todo en la ciudad. Su pueblo es el dueño de Manhattan.

Epílogo

¿Cuándo tomé un lápiz por primera vez? No lo recuerdo. Pero sí recuerdo las largas cartas que le escribía a mi madre con una letra redondita y bien hecha, a diferencia de las tuyas siempre escritas a máquina, prolijas, de una sola cuartilla y con su firma

al pie de la hoja. Yo tendría nueve o diez años. Recuerdo las que me enviaba mi padre al D.F. de caligrafía indescifrable para muchos, llenas de anécdotas cotidianas, de la vida en la isla y de sus avisos casi a última hora de una cercana visita a mi casa. Me acuerdo en especial de una carta, en la que decía: "Tu hermana me ha informado que se va a vivir sola con el novio. ¿No crees que debió pedir permiso para hacerlo?" Lo escribió a modo de disculpas por lo distendido que se volvieron esos temas con mis hermanas más pequeñas, tan distinto a cómo fue con nosotros (mi hermano y yo) que somos los mayores. Antes, cuando ya había empezado a trabajar, luego de pasar algunos años estudiando en la universidad, llevaba un diario. En esos mismos años, tuve un intercambio muy lindo de pequeñas cartas, que conservo en casa de mi madre, con mi amigo A. Así nos llamábamos en ellas, A y Z, jugando un poco con los extremos del alfabeto.

Me gusta también escribir dedicatorias en los libros que regalo. Y que escriban dedicatorias en los que me regalan.

Desde hace un tiempo lleno páginas y páginas de archivos de Word, siempre en letras minúsculas, sin corregir, como escupiendo las palabras.